

## HISTORIAS SILENCIADAS

***“¿Cómo puedo yo vivir cuando muchas veces me dices: OLVIDALO! Si supieras las cosas que yo sé. ¿Cómo voy a olvidarlas, no puedo olvidarlas, por mis hijos los primeros!”***



Isabel tiene 97 años y fue una de los muchos afectados por el egoísmo que se oculta tras una guerra civil, además del horror y el sufrimiento que provoca tanta muerte. Ella nació y vivió en un pueblo de Toledo (Mora de Toledo); Toledo fue un frente muy conflictivo, un lugar muy atacado y en el que hubo muchas batallas, sobre todo por el Alcázar, donde muchas personas buscaban refugio.

En la cita Isabel me contaba su historia, y yo no podía ni pestañear de la fascinación que me causaba escucharla hablar con esa emoción.

*– Se me puede olvidar lo que he desayunado pero nunca se me olvidará lo que yo pasé durante aquellos años. Te podría contar mil historias y explicarte cada detalle y solo te estaría contando un uno por ciento de lo que se vivió – me dijo.*

Yo empecé preguntando por la situación de su pueblo – ¿Había mucha gente enfrentada por ideales? – y ella me dio una respuesta que realmente me sorprendió: – *Los ideales estaban ahí, había gente de derechas, había gente de izquierdas, pero muchas de las muertes que hubo fueron provocadas por el odio, por la envidia, y los conflictos personales que no se solucionaban, como por ejemplo, que alguien tuviera más de comer que otro, o que no le avisasen para trabajar en el campo, o que yo fuese mejor vestida que otra... En una guerra se juntan todos los sentimientos y pensamientos, y reaccionas de tal manera que lo único que te importa es seguir vivo. Yo me dedicaba a la labor en el campo y como obreros que éramos, apoyábamos a la izquierda, pero para ser francos, tanto los llamados nacionales como los republicanos hicieron verdaderas barbaridades y ninguno de los dos bandos en especial fue mejor o más benévolo que el otro, ambos causaban miedo y sufrimiento –. Yo nunca había escuchado una opinión así, y menos de una persona mayor, sin embargo, me pareció más verdadera y real que cualquier otra que me puedan decir.*

Mientras, atenta y sin perderme palabra de lo que me decía empezó a contarme su historia y su experiencia:

*– Yo tenía 17 años durante la guerra, era una niña, y estaba asustada. El bando nacional apresó a mi madre, a mi hermano y a mi novio, y los encerraron. Poco después a mi hermano y a mi novio los fusilaron, y mi madre estuvo presa tres años sin motivo, sin denuncia. Yo pasaba los días junto a mi padre, trabajando en el campo, con el miedo en el cuerpo de que en cualquier momento vinieran a por nosotros, a apresarnos también; los registros de las casas eran continuos. Poco después nos enteramos de que mi familia había sido encarcelada porque unas vecinas nuestras avisaron a otros de que*

*vinieran a por nosotros tan solo por envidia, y yo, impotente, no podía hacer nada, a no ser que quisiera empeorarlo todo –. Soy incapaz de imaginarme algo parecido, con mi misma edad y en esa situación... Cómo se sale de eso, cómo soportar que amanezca cada mañana y estar obligado a afrontar el día para salir a delante.*

Cómo pudo esta valiente seguir mirando a la cara a las personas que habían traicionado a su familia, y habían acabado con sus vidas por pura envidia. Isabel después me contaba que como su casa era grande y tenía muchas habitaciones, alojaba a muchos de los soldados que venían del frente, la plaza de Toledo, tomada varias veces por ambos bandos y de gran valor militar, o que estaban destinados en el pueblo, siendo algunos de ellos los que habían fusilado a su hermano y a su novio, y encarcelado a su madre. A esos soldados les daba una cama donde dormir, un sitio donde calentarse y comida que llevarse a la boca. Y yo le pregunté que cómo tuvo el valor de ayudar a aquellos que le habían quitado a su familia. Me confesó: – *Cómo no voy a ayudar a esos pobrecillos que no sabían lo que hacían, que estaban obligados a cumplir con lo que se les decía. Mi perdón el primero, siempre, en caso de que no hubiese perdonado no hubiese podido vivir con mi conciencia, era incapaz de no dar de comer al que le faltaba si yo tenía, fuese quien fuese y del partido que fuese. Y a las vecinas que habían traicionado a mi familia les di de comer muchas veces, y yo perfectamente podía haberlas dejado pasar hambre –.*

Yo a estas alturas estaba maravillada, impresionada... Ya tenía ganada mi admiración. Esta mujer nos da a todos una buena lección de humanidad y perdón. Únicamente podía preguntarle una cosa más, cómo salió adelante al acabar la guerra, a lo que ella me respondió: – *Cuando acabó la guerra la gente siguió matando durante todo el mandato de Franco, yo no podía creerlo, qué necesidad había de causar más sufrimiento y dolor a las familias. Yo me casé sin amor, y lo hice para honrar a mi padre y tener más facilidad de alimentar a mi familia. A aquel hombre que yo amaba lo mataron, pero yo jamás le he olvidado. Después de casarme vinimos toda la familia a Madrid para intentar conseguir un trabajo y salir hacia delante. No había más opciones –.*

Historias silenciadas que seguramente muchas personas sufrieron y se les da el valor que se merecen, por eso debemos rescatarlas del olvido y aprender a ser más humanos desde sus experiencias y palabras. Isabel, una mujer luchadora y llena de bondad, ha conseguido tocarme el corazón, emocionarme y enseñarme a cada palabra con las que me relataba su historia.

Cristina Romero Pérez  
1º BACH.- C